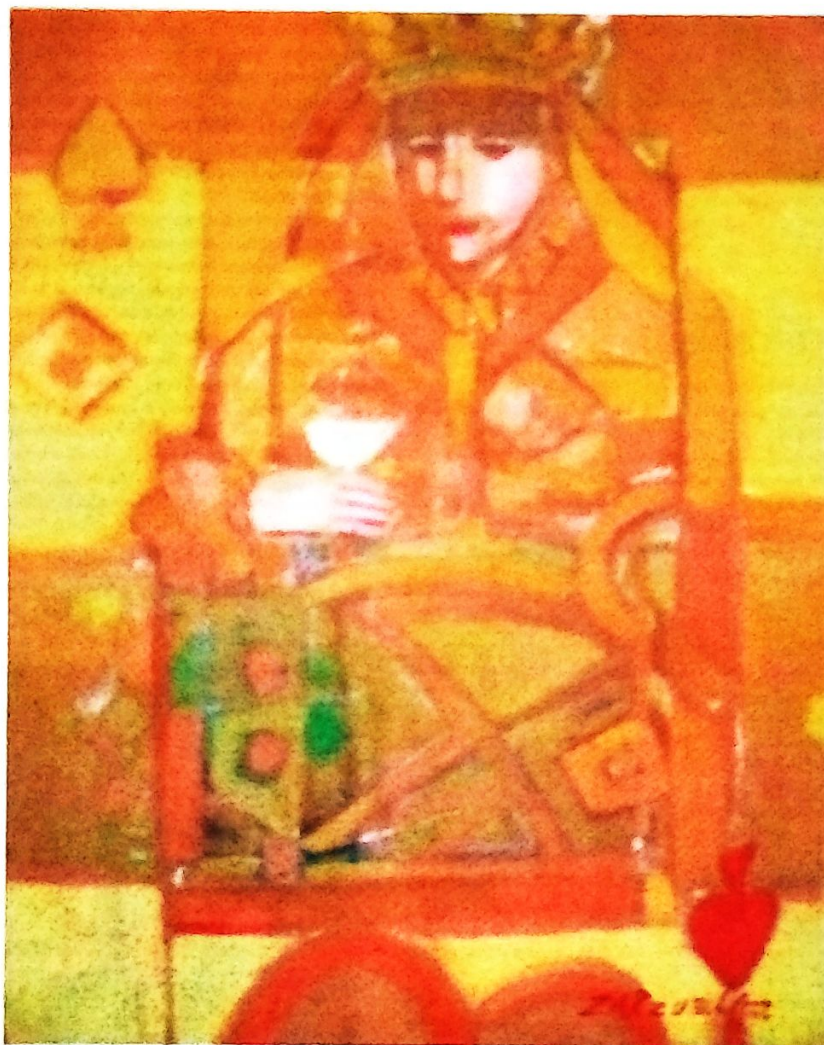




D.J. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Yves Bonnefoy • Gustavo Medeiros • HCF Mansilla • Oscar Cerruto  
Roland Barthes • Porfirio Díaz • Tedi López • Ramón Rocha • Juan F. Robledo  
Víctor Montoya • José Arce y José Cuadros

**LA PATRIA**

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 576 Oruro, domingo 21 de junio de 2015







Erasmo Zarzuela. "Juego de cartas"  
Óleo sobre tela 30 x 20 cm

## Armonía

Amo la tierra, lo que veo me colma, y en ocasiones llego a creer que la línea pura de las cimas, la majestuosidad de los árboles, la vivacidad del movimiento del agua en el fondo del cauce, la gracia de la fachada de una iglesia, porque intensas, en ciertas regiones, a ciertas horas, solo pueden haber sido deseadas, y para nuestro bien. Esta armonía tiene un sentido, estos paisajes y estas especies son, inmóviles, quizá encantados, una palabra, y basta solo con mirar y escuchar con fuerza para que el absoluto se declare, al término de nuestro error. Aquí, en esta promesa, está el lugar.

Yves Bonnefoy en: *El territorio interior*.



el duende  
director: luis urquieta m.  
consejo editor: benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
elduende@zofro.com  
lurquieta@zofro.com

[www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende](http://www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende)



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

## Elogio de la tolerancia

*Hay un pasado que es solo cementerio de la Historia.*

*Hay otro pasado del que brota, en su hondura viva, el manantial del futuro.*

*El hombre revolucionario comete el error de confundirlos y abominarlos a la vez. (G. Marañón)*

Entre lo verdadero y lo falso, solo está el tiempo. Nuestro juicio no puede apresurarse. En política como en arte, lo falso suele ser lo más popular. La verdad, entre tanto, solo brilla a la distancia, como las estrellas cuya lejanía se mide por años-luz. Ese gran decantador que es el tiempo, solo sedimenta lo que es belleza, verdad, valor. Lo demás se convierte en escoria. ¿Por qué, entonces, hemos de aferrarnos a las ideas o matar por un mito?

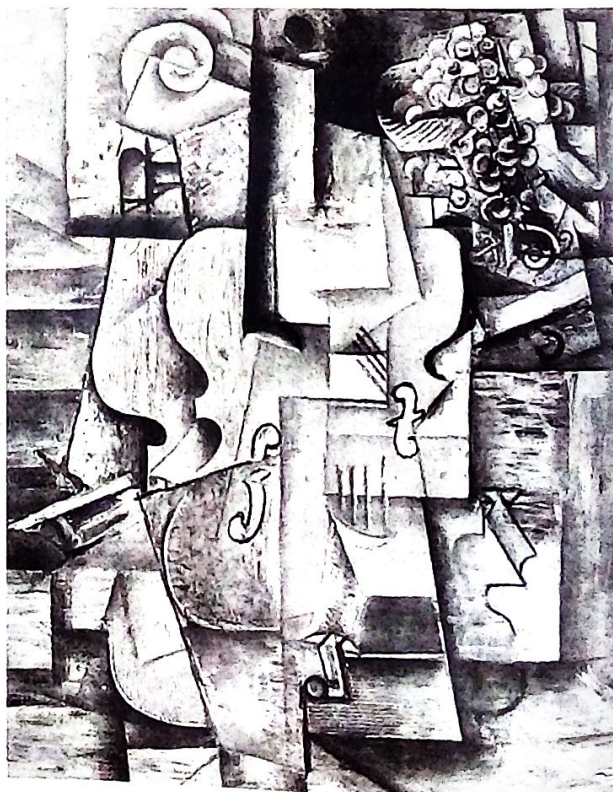
Erasmus es el más alto ejemplo de una conciencia libre. Precursor de la Reforma, en su más simple expresión de liberación del dogma oficial. Pero la Reforma creó, a su turno, otro dogma y otro mito. Lutero, poseído como todo revolucionario de un espíritu absolutista, fanático, primario, lo persiguió más allá del sepulcro, y desde entonces la Reforma fue belicoidad, intolerancia.

¿La tolerancia es fruto de escepticismo? Tal vez, si el escepticismo es el refinamiento de la cultura, la sutileza del espíritu. No, en cambio, si se lo toma como duda sistemática o negación de toda creencia. Para ser tolerante es preciso creer, desde luego, en la libertad y, en segundo término, en el progreso, sobre todo en el progreso de la cultura.

Renán era encarnación del espíritu de tolerancia y por eso, al decir de Anatole France, fue la más grande luz del siglo XIX. A Renán pertenece esta exclamación: *¿Qué no daríamos porque nos fuera posible hojear furtivamente el libro que servirá en las escuelas primarias de aquí a cien años!*

Entre el progreso material y el progreso moral existe una trágica disonancia. Y es que la tolerancia no ha llegado a las masas. Es imposible predicarla. Solo por la práctica de la tolerancia se alcanza la ecuanimidad, que es la virtud suprema. Por ella cobran sentido lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso. Ella preserva lo que el tiempo habrá de convertir en fulgor o en ceniza. Ese es el sentido íntimo, la *hondura viva*, de la Historia.

Gustavo Medeiros Querejazu. Integrante de "Peña de Sucre"  
corro cultural vigente entre 1953 y 1954





# Ventajas y limitaciones de la cultura integracionista brasileña

\* H.C.F. Mansilla

En junio de 2013 y en los primeros meses de 2015 se llevaron a cabo las manifestaciones públicas de protesta más amplias e intensas de toda la historia brasileña. En la segunda mitad del siglo XX no hubo nada similar contra la dictadura militar. Más de ochenta ciudades vivieron una atmósfera de tumulto contra las dilatadas prácticas de corrupción y las políticas públicas del gobierno y, en el fondo, contra los valores de orientación de las élites gobernantes. En relación con la magnitud de la protesta el número de víctimas y daños ha sido relativamente reducido. Y las manifestaciones se diluyeron paulatinamente, sin que se llegase a una confrontación realmente violenta entre los descontentos y las fuerzas de orden público. Por ello se puede afirmar que todavía hoy la cultura política brasileña representa un clima relativamente cordial y distendido. Brasil tiene probablemente el *record* mundial de desigualdades sociales comprobadas estadísticamente, pero las formas culturales de lidiar con ellas y con numerosos problemas afines han sido siempre más pacíficas y menos traumáticas que en todos los otros países latinoamericanos. Algunas breves menciones acerca de la historia de esta nación pueden ayudar a explicar este fenómeno.

Cuando los portugueses descubrieron las costas brasileñas por casualidad en 1500 —se trataba de una flota que en realidad iba a la India—, no encontraron ninguna aglomeración urbana ni tampoco una población numéricamente importante. Al contrario de México y el Perú, toda la región estaba muy escasamente poblada y no poseía recursos económicos importantes, como los que buscaban habitualmente los conquistadores ibéricos: metales preciosos y mano de obra barata. La colonización fue muy lenta, y durante mucho tiempo se restringió a una franja costera relativamente estrecha, donde nunca hubo una población indígena digna de mención. (Las tribus selvícolas más importantes estaban, como hoy, situadas en la selva amazónica, región que brindaba recursos relativamente más abundantes a una población de cazadores y recolectores.) La vida colonial portuguesa se distinguió por una Iglesia Católica más débil y con menos presencia cultural-educativa que en la América española; hay que mencionar asimismo que no hubo

Inquisición durante todo el periodo colonial portugués. La escasez de mano de obra fue cubierta con la importación masiva de esclavos africanos, concentrados en el Noreste (Pernambuco, Bahía, etc.), y destinados a cultivos agrícolas, sobre todo a la caña de azúcar, que hasta mediados del siglo XIX fue el principal producto de exportación del Brasil.

Como en otros lugares del gran imperio colonial de Portugal (en la India y en el África), la estrategia cultural prevaleciente fue el *síncrismo*, que en la praxis cotidiana —no en la intelectual y política— ha significado (a) una vinculación cooperante entre los distintos grupos sociales y las etnias del país, pese a todas las disensiones y los conflictos, (b) un interés débil y más bien pragmático en asuntos de religión y credos, y (c) una paulatina mezcla de las diferentes culturas de origen. Uno de los resultados finales puede ser descrito como la creación espontánea de una cultura que tiende a *integrar* los distintos elementos constituyentes, a limar diferencias y asperezas y a hacer más o menos comprensibles a los unos los intereses y las peculiaridades de los otros. No se trata, por supuesto, de una meta evolutiva premeditada, sino de la consecuencia práctica de un largo convivir dentro de un marco estatal que desde un inicio mostró ser más tolerante y menos dogmático que el español, menos centrado en marcar diferencias y poco preocupado por algunos aspectos recurrentes de la cultura colonial española, como la pureza de sangre, las claras diferencias de clase y rango y la extirpación de idolatrías.

Por otra parte, es imprescindible mencionar características referidas a la praxis pública de los indígenas y los afrobrasileños. En contraste con el ámbito andino, los grupos indígenas brasileños actuales hacen valer muy pocas reivindicaciones con respecto a un pasado civilizatorio digno de imitación o a formas políticas e institucionales (como la justicia comunitaria). Sus designios políticos mayores y hoy más publicitados se hallan en la protección de ecosistemas tropicales en peligro, sobre todo a causa de la construcción de grandes represas hidroeléctricas. Es digno de mencionarse que en el conjunto de la sociedad brasileña la temática del medio ambiente concita un interés muy modesto, pese a la gravedad e intensidad de los

daños ecológicos. Los intentos de los indígenas por rescatar modelos civilizatorios aborígenes se restringen a fenómenos culturales en sentido estricto: folklore, música, arte, alimentación, prácticas curativas y, excepcionalmente, cultos religiosos. Siempre han sido grupos selvícolas extremadamente pequeños, no vinculados entre sí y sin una consciencia colectiva de haber pertenecido a un modelo civilizatorio que se hubiese extendido por toda la geografía brasileña. Los afrobrasileños, por su parte, tienden igualmente desde el siglo XIX a rescatar elementos y valores en los terrenos culturales y religiosos, en los cuales exhiben una gran creatividad. Su origen exógeno les impide exigir el retorno a una sociedad política diferente de la creada por los portugueses y continuada sin grandes traumas colectivos por los brasileños del presente.

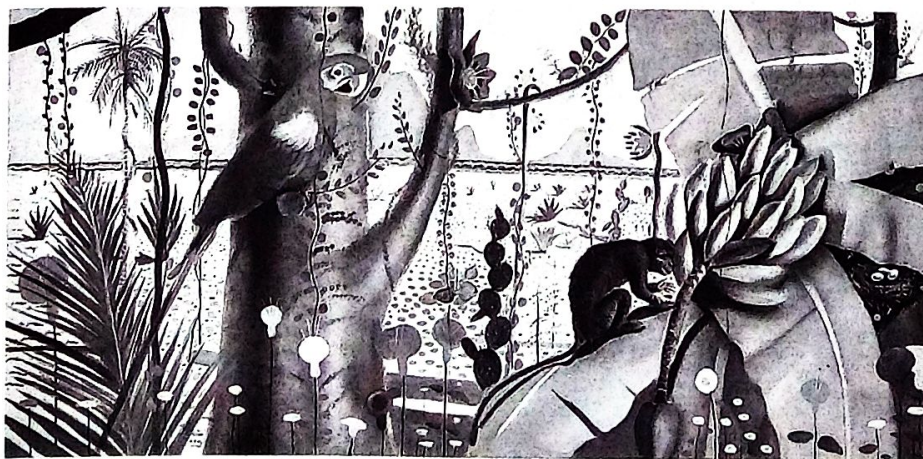
Desde un comienzo la civilización brasileña ha sido una sociedad en expansión horizontal. La ocupación efectiva de un inmenso espacio geográfico y la puesta en valor de sus recursos económicos, que parecen inagotables, han servido de válvula política de escape, aminorando los conflictos sociales, especialmente los redistributivos. Lo que podríamos llamar la línea oficial en la formación de la consciencia histórica —por ejemplo: en la enseñanza escolar— ha tratado siempre de integrar a todas las épocas históricas en un gran conjunto armonioso, donde todos los sectores y los periodos aportan su grano de arena a la construcción del gran proyecto nacional. No hubo guerra de independencia: el príncipe heredero de la corona portuguesa se declaró de manera bastante intempestiva en 1822 emperador del nuevo Estado (curiosamente después fue rey de Portugal). Todo siguió como antes. No hubo una impugnación de la era colonial, como tampoco se dio un odio social contra la monarquía después de la proclamación de la república en 1889. El experimento populista de Getúlio Vargas (1930-1945) se disolvió en las aguas tradicionales de la política brasileña. La dictadura militar (1964-1985) ejerció una represión muy moderada, si la comparamos con Argentina y Chile. Importantes partidos que podríamos llamar “conservadores” —el Partido do Movimento Democrático Brasileiro, PMDB, y el Partido Liberal, PL (que ha cambiado varias de nombre

por razones prácticas), claramente a la derecha de la corriente opositora principal en la actualidad, el Partido Socialdemócrata Brasileiro, PSDB, de Fernando H. Cardoso, José Serra y Aécio Neves—, han apoyado a los gobiernos de Lula y Dilma desde un comienzo.

La cultura brasileña no ha tenido, hasta bien entrado el siglo XX, rasgos intelectuales politizados. La gran ensayística latinoamericana de habla española (desde Lucas Alamán y Domingo F. Sarmiento hasta Octavio Paz y Mario Vargas Llosa) no ha tenido un desarrollo comparable en el Brasil. Es, en general y con muchas excepciones, una cultura social poco favorable a preocuparse por los agravios del pasado —lo que, evidentemente, va en favor de las élites de turno— y más bien consagrada a pensar en el futuro. Uno de los resultados de esta mentalidad es un optimismo muy expandido (“el país más grande y bello del mundo”), que, de alguna manera difícil de describir, debilita las confrontaciones ideológicas clásicas. El sistema de partidos es débil y reciente (originado en su forma actual en los últimos años del siglo XX), y fomenta una “interpenetración” muy marcada entre los grupos y las élites políticas.

El optimismo social y la carencia de distinciones ideológicas claramente contrapuestas han promovido el gran *síncrismo* cultural, que empezó probablemente como tendencia religiosa. Hoy se manifiesta en formas más o menos colectivas de arte, como las telenovelas, el carnaval, el teatro y el cine. Para todo ello se requiere de una actitud de entendimiento con los otros, aunque sea verbal, indispensable en una sociedad multi-étnica, aunque, curiosamente, monolingüe y —se podría decir tal vez— monocultural: no hay todavía una alternativa clara a la concepción de *El hombre cordial*, que empezó en la sociología y ha terminado como consigna colectiva de gran popularidad. Pero esta doctrina del “hombre cordial”, como aseveró *Jessé Souza*, tendría la función de una “fantasía compensatoria” para hacer más digerible el subdesarrollo de esa nación: esta sería la ventaja comparativa frente al mundo ya desarrollado. Se daría “la construcción sentimental del oprimido, idealizado y glorificado”, que obstaculizaría políticas públicas adecuadas para cambiar ese estado de cosas. El resultado de la doctrina del “hombre cordial” sería una marcada inclinación a la “autocomplacencia” y a la “auto-indulgencia”, una “extraordinaria ceguera”, nos dice *Jessé Souza*, que impediría una adecuada comprensión de los desafíos y problemas actuales de la sociedad brasileña. Estos constituyen los aspectos poco promisorios, la contracara preocupante del modelo integracionista.

\* Hugo Celso Felipe Mansilla.  
Doctor en Filosofía.  
Académico de la Lengua.





# La araña

\* Oscar Cerruto

En la calle los ruidos apagábanse uno a uno, devorados por la soledad y el silencio de la serranía. El sol de Llallagua brillaba con luz hiriente en las techumbres de los ingenios, se deslizaba en millares de arroyuelos de oro líquido por entre el cuarzo pálido de los montes y era una llamarada hirviente en la patena de las represas.

Los mineros habían subido en grupos bulliciosos a divertirse en la población, y las olas de sus voces alborotadas se fueron remansando, poco a poco, en los bares y las cocinerías. Jerónimo asomó en el fondo de la calle, las manos en los bolsillos, contoneándose. Tenía doce años y, mirando a la alta cumbre mineral de Espíritu Santo, decidió que el mundo estaba bien. El polvo que levantaban sus pies tardaba en asentarse en el suelo.

Sí, todo está bien. Y se puso a silbar alegremente.

Tal como esperaba, junto a una de las ventanas del bar *La Fraternidad* estaba Carlitos, la pierna de niño inválido un tanto encogida. Aceleró el paso. *Están desplumando a alguien*, pensó. Carlitos le hizo un guiño y Jerónimo pasó a su lado sin detenerse.

No debía interrumpir el trabajo del cojito. Detrás del vidrio brillaba la cara afilada del Embudo, sentado en torno a una mesa, con otras personas. *Algún gancho*, se dijo Jerónimo. *Pero la vida está bien*, y penetró en el bar, espeso de conversaciones, de voces, de humo de tabaco y de olor a cerveza volcada. En todas las mesas, los mineros manoteaban pesadamente y hablaban y reían con esa risa indefinida de la proximidad de la embriaguez. Cañipa, el mozo, arrastraba sus pies hinchados yendo de un grupo de clientes a otro y luego al mostrador, con un delantal corto, gris de suciedad y manchas. Las llamadas de los parroquianos golpeaban vanamente en sus oídos, acosándolo de todas partes, sin conmover su calmada indiferencia. El propietario del bar, don Marcelino Moncayo, comía un plato de guiso con ají, detrás del mesón, llenos los bigotes de grasa, que limpiaba con la manga de la chaqueta cada vez que tenía que atender los pedidos del mozo.

—No les sirvas más a los barreteros del rincón. Esos ya están borrachos, y cada vez arman camorra.

Cañipa se encogió de hombros, refunfuñando sin contestar, y volvió a sus trajines.

Jerónimo, instalado encima de uno de los barriles de cerveza, junto al pasillo que comunicaba el bar con la cocina, se puso a esperar pacientemente a que Carlitos se desocupara. En la mesa de la ventana, el Embudo y sus compañeros jugaban a las cartas.

El Embudo, en ese momento, barajaba el mazo y repartió los naipes. Carlitos, la pierna enferma como un ala tronchada, se balanceó en la otra, alargó el cuello con rapidez y echó una mirada al juego del individuo sentado de espaldas a la ventana, luego se apartó y se puso a lan-

zar pequeños guijarros en medio de la calle, sin mirar a ningún sitio determinado. Retozo inocente de niño que se aburre solo. Pero el ojo del Embudo estaba sobre él, conocía el código secreto de esos gestos, y un leve chispazo iluminó fugazmente su rostro de pájaro rapaz.

Jerónimo, entretanto, había descubierto un entretenimiento. Junto a la estantería se veía una hermosa tela de araña, dorada y elástica. En el centro se agazapaba un arácnido rubio, de vientre abultado y ojos voraces. Iba a destruirlo de un manotón pero cambió de parecer y, bajándose del barril, recogió del suelo un palo de fósforo quemado. Quebró un trocito y lo arrojó a la tela, donde quedó oscilando, prendido a los sutiles filamentos. La araña se revolvió, inquieta, y luego de contemplar un instante la astillita que pendía de la malla, se acercó rápidamente y la desprendió con las patas. Jerónimo se disponía a quebrar otro pedazo del fósforo cuando observó que una mosca revoloteaba muy cerca de la tela. Zumbaba alegremente, ajena al peligro, trazando amplios círculos como una patinadora. La araña fingía dormir, agazapada en su urdimbre, mimetizada con el sucio encalado del muro, pero sus ojos abiertos seguían con disimulo las evoluciones del insecto.

Del otro lado de la ventana, en la calle, Carlitos arrojaba piedrecitas al centro de la calzada, y de cuando en cuando echaba una mirada dentro del bar, como un niño que aguarda con vaga impaciencia la salida de su padre, que podía ser cualquiera de aquellos bebedores aturridos por el alcohol y las disputas. El Embudo dobló la puesta. El minero sentado de espaldas a la ventana miró las cartas que tenía en sus manos con indisimulable confianza. Había recibido un buen jornal, los billetes abultaban agradablemente en sus bolsillos. Los palpó como al descuido, apretando apenas el brazo contra la cartera que guardaba en un costado del saco. Sonrió para sus adentros: tenía un buen juego.

Quién sabe si no estaba en su día. Nunca venían mal unos pesos ganados sin esfuerzo. Volvió a sonreír, gozoso de su buena suerte.

De pronto, la mosca descendió roncando como un avión, en una arriesgada maniobra, segura de sí misma, pero cuando quiso ascender otra vez, la curva demasiado cerrada de su elipse la llevó a clavarse de cabeza en la tela,

casí en el mismo sitio donde había estado antes el palito que arrojó Jerónimo. Allí quedó debatiéndose.

En la mesa, el minero puso un fajo de billetes junto a la apuesta del Embudo.

—¡Así me gusta, hermano! ¿Quién dijo miedo? —exclamó el fullero, y fue descubriendo una a una sus cartas, dejándolas sobre la mesa, con fingida emoción de novato.

La araña salió del centro de la tela, pasando de hilo en hilo, con agilidad de grumete, y se apoderó de la mosca, que cesó de repente su desesperado aletear. De vuelta a su rincón, la mantuvo firmemente aprisionada entre sus patas.

El minero había palidecido; alargó la mano, tomó con cierto desmaño su vaso de cerveza, entibiada por el ambiente pesado del bar, y se lo llevó a los labios sin mirarlo. El Embudo daba nuevamente las cartas.

La araña, entretanto, estrujaba a la mosca, concentrada en su tarea, ausente a lo que ocurría a su alrededor. Jerónimo le había arrojado un nuevo palito, pero el arácnido no se movió. Finalmente, después de un rato, soltó a su presa; el cadáver del insecto descendió,

ingrávido, en el aire espeso, y fue a perderse detrás del mostrador.

El juego había terminado.

Apuró el Embudo, golosamente, el contenido de su vaso, se limpió los labios con el dorso de la mano. Sentado de espaldas a la ventana, el minero se rascaba la cabeza, serio, con aire absorto. Luego tomó su sombrero, y, sonriendo sin expresión, a modo de saludo, abandonó el bar, con pasos pesados de autómatas. El fullero llenó otra vez un vaso, vaciándolo de un trago, volvió la cabeza hacia el mesonero.

—¿Tengo alguna deudita por ahí, don Marcelino?

Este había concluido de comer y contemplaba al trasluz una copita de aguardiente que sostenía entre los dedos.

—Raro sería que no, pues —respondió con aparente desgano.

El Embudo estalló en una carcajada que hizo alzar la cabeza a los parroquianos. Manoseaba los billetes, contándolos.

Jerónimo salió a reunirse con Carlitos. La calle comenzaba a llenarse otra vez de tierra y de actividad. El frío de las cumbres solitarias descendía como una niebla invisible, llena de innumerables látigos de hielo, sobre los ateridos campamentos. Mientras le refería su fascinante experiencia con la araña, salió el Embudo. Grave detrás de su sonrisa, le alargó al cojito un billete de quinientos pesos.

—Te has portado como un gigante, ñaño.

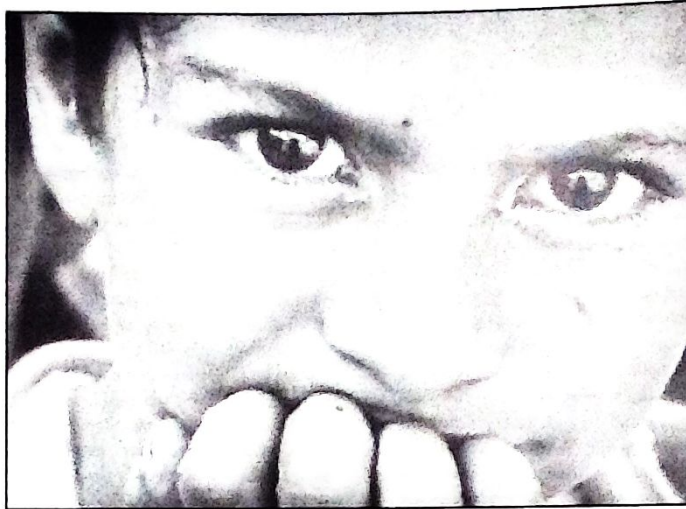
Y al ver a Jerónimo, cuando ya se había dado vuelta para entrar de nuevo en *La Fraternidad*, se llevó la mano al bolsillo y le pasó cien pesos.

*Está bien, la vida está estupendamente bien*, pensó Jerónimo.

Apretando con fuerza su dinero, los dos niños echaron a correr calle abajo, Carlitos dando pequeños saltos, como un gallito herido.

**Oscar Cerruto. La Paz, 1912-1981.**

**De su libro de narrativa:**  
**“Cerro de Penumbra”**



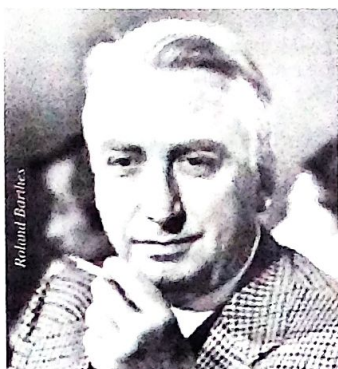


## Por qué me gusta Benveniste

\* Roland Barthes



Emile Benveniste



Roland Barthes



Emile Benveniste



Roland Barthes

1. Algunos se sienten molestos por la preeminencia actual de los problemas del lenguaje, en lo que ven una moda excesiva. Sin embargo, tendrán que tomar partido sobre el asunto: probablemente no hemos hecho más que empezar a hablar del lenguaje: la lingüística, acompañada de las ciencias que hoy en día tienden a aglutinarse con ella, está entrando en los albores de su historia: estamos descubriendo el lenguaje como estamos descubriendo el espacio: nuestro siglo quedará, quizá, marcado por estas dos exploraciones.

Así pues, todo libro de lingüística general responde hoy día a una necesidad imperiosa de la cultura, a una exigencia de saber formulada por todas las ciencias cuyo objeto, de cerca o de lejos, tiene algo que ver con el lenguaje. Ahora bien, la lingüística, dividida entre una especialización necesaria y un proyecto antropológico que está a punto de salir a la luz del día, es de difícil exposición. Además, los libros de lingüística general son poco numerosos, al

menos los que están en francés; están los *Elementos* de Martinet y los *Ensayos* de Jakobson; pronto estarán traducidos los *Prolegómenos* de Hjelmslev. A partir de hoy contamos también con la obra de Benveniste. Se trata de una colección de artículos (las unidades normales de la investigación lingüística), algunos de los cuales ya son célebres (sobre la arbitrariedad del signo, sobre la función del lenguaje en los descubrimientos de Freud, sobre los niveles del análisis lingüístico). Los primeros textos constituyen una descripción de la lingüística actual: hemos de recomendar el bellísimo artículo que Benveniste consagra a Saussure, que, de hecho, no ha escrito nada después de su memoria sobre las vocales indoeuropeas, incapaz, según creía, de llevar a cabo, de una sola vez, la subversión total de la lingüística anterior que necesitaba para edificar su propia lingüística, y cuyo "silencio" tiene la grandeza y el alcance del silencio de un escritor. Los siguientes artículos ocupan los puntos car-

dinales del espacio lingüístico: la *comunicación*, o incluso el signo articulado, situado en relación con el pensamiento, el lenguaje animal y el lenguaje onírico; la *estructura* (ya he evocado el texto básico sobre los niveles del análisis lingüístico: hay que señalar también el texto, de fascinadora claridad, en el que Benveniste establece el sistema sublógico de las preposiciones en latín; cosa que no se nos explicó cuando traducíamos latín: todo se aclara gracias a la estructura); la *significación* (pues Benveniste siempre interroga al lenguaje desde el punto de vista del sentido); la *persona*, parte decisiva de la obra, a mi parecer, en la que Benveniste analiza esencialmente la organización de los pronombres y los tiempos. La obra termina con algunos estudios sobre el léxico.

Todo ello constituye el balance de un saber impecable, responde con claridad y energía a las cuestiones, de hecho, que todos los que tienen algún interés por el lenguaje pueden plantearse, pero eso no es todo. Es un libro que no solo satisface una demanda actual de la cultura, sino que se adelanta a ella, la conforma, la dirige. En resumen, no es tan solo un libro indispensable; es, además, un libro importante, inesperado: es un libro muy hermoso.

Es muy tentador defender celosamente la especialidad cuando la ciencia de la que se es especialista se encuentra desbordada por la curiosidad de los aficionados de todo tipo. Muy al contrario, Benveniste tiene la valentía de situar deliberadamente la lingüística en el punto de partida de un movimiento muy amplio y de adivinar ya el futuro desarrollo de una auténtica ciencia de la cultura, en la medida en que la cultura es esencialmente lenguaje; no duda en señalar el nacimiento de una nueva objetividad, impuesta al sabio por la naturaleza simbólica de los fenómenos culturales; lejos de abandonar la lengua en los umbrales de la sociedad, como si no fuera más que uno de sus instrumentos, afirma con esperanza que "es la sociedad la que comienza a reconocerse como lenguaje". Ahora bien, es fundamental para todo un conjunto de investigaciones y de revoluciones que un lingüista tan riguroso como Benveniste sea consciente de los poderes de su disciplina y que, rehusando la idea de constituirse en su propietario, reconozca en ella el germen de una nueva configuración de las ciencias humanas.

Este valor va acompañado de una profunda visión. Benveniste —y ahí reside su éxito— capta

siempre el lenguaje en ese nivel decisivo en el que, sin dejar de ser plenamente lenguaje, recoge todo lo que estamos habituados a considerar como exterior o anterior a él. Tomemos tres de sus más importantes contribuciones: una sobre la voz media de los verbos indoeuropeos, la segunda sobre la estructura de los pronombres personales, la tercera sobre el sistema de los tiempos en francés; las tres tratan de manera diversa de una noción fundamental de la psicología: la de persona. Ahora bien, Benveniste consigue de manera magistral enraizar esta noción en una descripción puramente lingüística. De una manera general, al colocar al sujeto (en el sentido filosófico del término) en el centro de las grandes categorías del lenguaje, al mostrar, con ocasión de diversos hechos, que este sujeto no puede distinguirse jamás de una "instanciación del discurso", diferente de la instancia de la realidad, Benveniste fundamenta lingüísticamente, es decir, científicamente, la identidad del sujeto y de su lenguaje, posición que está en el puro centro de muchas de las investigaciones actuales y que interesa igualmente a la filosofía y a la literatura; tales análisis quizás están señalando hacia la salida de una antigua antinomia, mal resuelta: la de lo subjetivo y lo objetivo, el individuo y la sociedad, la ciencia y el discurso.

Los libros de saber, de investigación, también tienen su "estilo". El de este libro tiene una gran categoría. Hay una belleza, una experiencia del intelecto que da a la obra de ciertos sabios esa especie de claridad inagotable de la que también están hechas las grandes obras literarias. Todo está claro en el libro de Benveniste, todo puede reconocerse inmediatamente como cierto, y, no obstante, nada en él ha hecho otra cosa que empezar.

1966, *La Quinzaine littéraire*. Con motivo de la aparición de los *Essais de linguistique générale*

**Roland Barthes. (1915-1980)**  
Filósofo, escritor,  
ensayista y semiólogo francés.







La bestia emocional:

# Porfirio Díaz Machic

De su auto

¡Cuánta fatiga da el vivir! Apenas concluido la guerra, volví ansioso al hogar, al mío, al que formé, como un pájaro, en la tibieza del valle cochabambino. Las emociones del reencuentro no se describen: vibraba el espíritu como en una extraña máquina que tuviera el poder de devolver los años perdidos en la angustia. Las cosas volvían a sonreír. Las viejas losas del putio se transfiguraban, parecían mosaicos árabes, en un ambiente de luz y de color, en medio de las flores. Me precipité sobre mis viejas cosas, mi ropa de civil, olvidada en un rincón del ropero, oliendo a napolina. Los papilitos de mis notas, comidos por los ratones, hablaban de otros días encantadores, de antes, de mucho antes al gran paréntesis de sangre.

Mi mujer me otorgó el premio: pantalones con raya, camisa limpia, corbata... Baño... La sucia ropa del soldado en guerra fue echada al basurero. ¡Cuánta satisfacción! ... Volví a coquetear con los objetos, casillas menudas: la podadera, la máquina de escribir.

Pero... Los días se hacían largos. Largos, hechos a medida para la pereza y el desaliento. Había que reconstruir la economía privada. Tomar a ser un hombre decente, como mejor se pudiera. Hicimos unos ahorros, realizados por mi compañera, ya que personalmente fui y seré siempre un hombre con la mano abierta, dispuesto a que el viento haga la higiene de cualquier indicio de avaricia que pudiera almacenar en los secretos del ser dormido, del ser no revelado. ¡Ah, siempre debe cuidarse uno, porque el hombre nace muchas veces, en constantes revelaciones!

Un día, mi buena mujer, toda alegría, me brindó el primer obsequio de aquella era de paz. Era una camisa de seda, cosida por sus blancas manos, hecha en un desvelo y una urgencia. Me la puse y salí a la calle, como salen los desesperados, a buscar lo que no tienen. Hice una introspección:

—¿Para qué sirvo? ¿Estoy positivamente capacitado para luchar y trabajar?

Entonces recordé que mi pobre alma era una cadena rota en la propia Universidad. No era pues nadie. Pero... pero... pero... ¿Acaso no aprendí positivamente lo que me enseñaron mis buenos maestros? ¿Acaso no fui el antiguo y aventajado discípulo de Juan Capriles y Rafael Ballivián? Nunca necesité de un tribunal para demostrar lo que pude haber aprendido. Surgió el audaz. Me encaminé a la Universidad de "San Simón" e invadí,



con mi ansiedad, el despacho del Rector Francisco Prada.

—Usted puede admitir que yo trabaje en esta organización universitaria, señor Rector —le dije.

El inteligentísimo viejo —que nunca dejó de atender la demanda humana— me devolvió una sonrisa.

—¿Usted sabe algo? Claro que tengo conocimiento de sus aficiones literarias...

—Sé un poco de Gramática... Tengo conocimientos generales... En resumen, puedo ser un pasable secretario de oficina.

Se iluminó el rostro del señor Rector. Se iluminó con la luz de la simpatía espontánea por mi persona.

—Bueno, bueno... Hágase cargo de la Secretaría del Instituto Tecnológico y enseñe usted Gramática a los alumnos.

Así, sencillamente, me convertí en un profesor de la Universidad, humildemente enca-

jonado en una oficina pequeñita, con las tareas propias al cargo.

—¿Por qué obliga usted, señor Director, a firmar un libro de asistencia a los profesores? —observé.

Aquello me pareció un ultraje. El maestro no tiene necesidad de supeditarse a estas exigencias que desmedran su autoridad y su espíritu. Por rebeldía personal, dejé de hacer rayas en aquellos cómputos aborrecibles. Pero el trabajo de secretariado se compensaba con las charlas que daba a mis alumnos. Hablábamos de todo, menos de Gramática. Lefa el alma de los mozos en la melancolía o la vivacidad de sus miradas, adentraba en la niebla azul de su alma, martirizada por todos los ímpetus. Yo también opiné, como otros, que es al adolescente a quien se debe cuidar más que al niño. La adolescencia es el primer crepúsculo de la vida, luz y sombra que admite en sus nieblas la presencia de muchos fantasmas.

No siempre se suspira en esa edad por aquello que se dice suceso romántico. Es la ansiedad que pugna por manifestarse sin cauce, como el volcán que revienta el cráter sin fecha fija, y de tanto mirar en esas almas, me atreví a escribir una pequeña novela: "El estudiante enfermo", tema que trata de las insatisfacciones físicas de los mozos. La tirada se agotó en una semana. ¿Habrá muerto aquel pobre libro mío que puso fiebre en muchas cabezas jóvenes?

Entonces volví a confirmar mi amistad con mi Jefe, el pintor Raúl Prada, a quien siempre encontré profundidad en sus conceptos. Él organizó nuestro Instituto Tecnológico y le dio todo impulso.

En la Universidad volví a encontrar a mi amigo Eduardo Ocampo Moscoso que también enseñaba en otro instituto de la Universidad. Recordamos los días de Oruro, nuestras inquietudes de muchachos, nuestras correrías.

Como teníamos el veneno, íbamos con frecuencia al bar, ese embrujado recinto que otorga actividad a los nervios, fantasía al alma, soltura al deseo encadenado por la moral. Nunca fuimos *habitués* desaprensivos ni violentos. El alcohol, en nosotros —perdone el amigo Ocampo— siempre encendió lámparas líricas. Nunca dejó de fluir de nuestros labios la canción de Rubén Darío, Herrera Reissig, Jaymes Freyre, Capdevila, Rega Molina. ¡Todos los poetas del mundo asistían a nuestra mesa porque nosotros los citábamos respetuosamente! Y si los muertos estaban presentes en la cita, nunca dejaron de venir los vivos: Gregorio Reynolds, Antonio José de Sainz, Roberto Wieler. Toda la gente de espíritu. Ocampo solía decir socarronamente:

—Para sentarse en nuestra mesa no se necesita más credenciales que un poco de espíritu. ¡Pero el espíritu era grande y los sueldos de la Universidad pequeños! Desde estas páginas íntimas, purificadas por la vida, dejo un saludo cordial y sincero a todos los cantineros del planeta. No saben ellos, bondadosos comerciantes, que nos han proporcionado horas ideales y gloriosas. Por su magia y su servicio fuimos dueños del mundo, de la gloria, de la vida y de la muerte. Ningún ser más milagroso para provocar la evocación que el modesto cantinero que atiende los pedidos de la gente sedienta... Nunca dejaré de agradecer su solicitud, su bondad y su claro concepto del alma humana. Por ellos sé que los hombres alcoholizados merecen respeto. Por ellos he incorporado en mis costumbres una que es hábito: la de socorrer al sediento, al pobre borracho que pasa la calle y pide una limosna. Las gentes dicen: "A ese vicioso no le des





# ao: La paz de la vida

## biografía

limasna". Farsantes. Yo se la doy por una causa que no admite espera: la sed, la terrible sed de la intoxicación, patrocinio heroico de Baudelaire, de Verlaine. Signo terrible de miles de gentes que en nuestra tierra mestiza gustan de embriagarse inocentemente.

Entre nosotros, solamente Jesús Lara era el más parco.

No miento si digo que yo traté, sin lograrlo, de enseñar a Lara siquiera una irregular asistencia al bar o, como dicen los españoles, al café. Adusto, con la severidad del indio en el gesto y la mirada, Lara fue siempre un buen compañero. Rectilíneo, apasionado en su concepción de las cosas, intransigente si se quiere, duro para calificar el error humano, sin piedad para perdonarlo. Sin embargo, en aquella naturaleza terrígena, hombre de hogar humilde, nacido en un rincón del valle, afloraba un recio temperamento lírico y una porfiada tenacidad revolucionaria. De sus amores y sus odios que hable él mismo, pero por la misma razón, fue un hombre completo. El alma se desata entre las dos pasiones pero no quita los verdaderos quilates personales. Su vida y su obra dirán mucho más de lo que puedo contar en este libro.

En cambio, nunca conocí espíritu de mayor serenidad que el de Raúl Prada: quieto como sus paisajes, iluminado, como sus cumbres configuradas entre los secretos del azul. Hablaba con paciente insinuación, arrastrando las palabras como si fueran bueyes que iban abriendo surcos en el concepto mismo. Tal era Prada.

Hasta que un día se presentó en nuestra mesa el queridísimo amigo Andrés Cusicanqui, nervioso, vivaz como una ardilla, ligero, en la concepción, apto para la ironía que era su disposición plena. ¿No era aquel un suceso que podía engendrar muchos otros sucesos? Claro que sí.

Quemaba el sol de agosto sobre el campo y la ciudad.

Las campanas de los templos tocaban la gloria de los santos y la gloria de la Patria que se celebraba con las tradicionales costumbres: desfiles, fuegos artificiales, teas...

—¿Y nosotros a dónde vamos?

Diabólica y contumaz, brotó la respuesta de labios de Cusicanqui:

—¡Vamos a los toros!

Después de un trayecto breve por bellísimos caminos de la campiña, llegamos al pueblecito de Quillacollo, cuya plaza estaba repleta de gente, miles de personas, en un abigarramiento bello, que daba la sensación de haberse echado papel de color por todas las tribunas. La chola valluna viste con los colores más apropiados para jugar con el sol y pone sombra en la tez morena con las alas del amplio sombrero de paja que enseña su donaire a manera de una gallarda torcecilla blanca, con pulcritud de nieve.

La fiesta ardía y la multitud era un coro que ponía clamor de expectativa en todos los corazones. ¡Vaya usted a ignorar que los indios bolivianos, sin la técnica de Joselito o de Belmonte, son acaso guapísimos toreros!

El poncho por capa y la valentía por toda escuela. ¡Zas, una suerte, otra y otra!

—Bravooo...

Entonces fue Cusicanqui el que me propuso: —¿Torcamos?

Vi el ruedo. Un toro, bermejo como los crepúsculos de que habla el poeta Guillermo Viscarra Fabre, paseaba su ímpetu por sobre el empedrado. Medí el caso, sin mucha timidez y respondí resueltamente:

—Claro que sí, torcamos.

Los dos, en pareja espontánea, con la chaqueta en las manos, entramos en el ruedo. Un clamor sonoro y crecido aplaudió el riesgo. Cusicanqui citó a la bestia y salió airoso del trance. Una nueva ola de aplausos le apretó el alma.

¡Bravo, mozo! Entonces, me tocó a mí la alternativa. Por primera vez en mi vida me puse delante de la bestia y la llamé.

¡Yo también fui un campeón!

—¡Bravooo!...

Volví a citar al animal. Pasé con mucha suerte la chaquetilla por sobre sus pitones y su alzado lomo. Volví a retarle. Pero, esta vez, perdí el dominio de mi persona y sentí que un piafante edificio, pleno de ira, se estrelló contra mi pecho. La bestia clavó uno de los pitones en mi tórax.

El pueblo, el generoso pueblo indígena, libró mi vida de un destripamiento seguro. Salió del ruedo ensangrentado, con la preciosa camisa de seda que había cosido mi mujer, hecha trizas, con las desflecaduras junto a los

coágulos. ¿Cuándo recuperé la razón? Pues cuando volvía a perderla por efecto del comedido remedio: unas copas de *singani* el fino licor de uvas de Luribay...

¿Cómo volví al hogar querido?

Volví cantando, como buen torero criollo, cantando para disimular mi desgracia, mi derrota y el desecho de mi prenda de seda:

*"No hay mujer más desgraciada que la mujer del torero..."*

Y la mujer del torero tuvo que llamar a los médicos y atender, durante veinte días, una congestión al pulmón derecho.

El hombre, frente a la bestia, asume una actitud de coraje que abona su poder de libertad. El coraje, como cualquier reacción anímica, nubla la conciencia. Solamente los toreros profesionales pueden, de seguro, jactarse del desarrollo armónico de un arte. Aquello que me ocurrió, sin embargo del desastre, tuvo una poderosa influencia en mi existencia. Supe que el miedo no está escondido en los pliegues de mi espíritu y que lo mismo lucharía contra la bestia y el hombre en los casos extremos.

¡Todos los mozos deben practicar el toreo, vamos!.. Es una escuela magnífica de dominio personal y constituye el descubrimiento de una otra calidad de belleza: la entrega generosa de la vida por un alarde.

Por este secreto precioso amo a España y su genio, la raza del riesgo, del ensueño y de la nobleza.

Después volví a la Universidad y continué en ella dando halago al mayor de los orgullos humanos: el de convivir con las ideas, el estudio y el análisis del pensamiento humano.

La Universidad es el hogar sagrado del hombre. ¡Cuántas cosas aprendí en mi improvisada vida de profesor! Ah, y cuánto me toleraron los compañeros y los alumnos. Perdonaron mi espontaneidad, colaboraron en el anoticiamiento de mi cultura y perdonaron todos mis caprichos y mis faltas. Porque, en verdad de verdades, yo no dejé de ser lo que he sido en las páginas de esta novela.

He ahí una revelación.

Habemos seres que no vivimos una biografía, sino una novela....

**\* Porfirio Díaz Mahicao.**  
La Paz, 1909-1981.  
Escritor e historiador.  
Intelectual polifacético





## El poeta necesario

\*Tedi López Mills

*Es como si hubiera tres planetas: el sol, la luna y la imaginación...*

Wallace Stevens

En una más de sus frases contundentes, Harold Bloom dice que "en nuestro tiempo, entre los escritores de primer orden, solo la vida de Wallace Stevens da la impresión de ser tan opaca en cuanto a sucesos externos o excitaciones como la de Shakespeare". Los hechos parecen convalidar la vasta afirmación, aunque a estas alturas Shakespeare ya haya tenido todas las vidas y ninguna y sea, según la hipótesis en turno, la creación de varios autores o, más brutalmente, el alias de Francis Bacon o Christopher Marlowe. En todo caso, la especulación ilimitada equivale ya a una compleja aventura y sus extremos, la vacuidad o la plenitud, convergen al menos en un punto, el de la leyenda.

Wallace Stevens, en cambio, no deja espacio para la duda. En su vida no pasó casi nada. Nació en Reading, Pennsylvania, el 2 de octubre de 1879 y murió en Hartford, Connecticut, el 2 de agosto de 1955. Entre una fecha y otra se intercalan unos cuantos episodios ordinarios: tres años de estudio en Harvard, una breve temporada como periodista en el *Herald Tribune* de Nueva York, más estudios en la New York Law School donde se recibió de abogado en 1904, algunos años de práctica profesional, hasta que en 1916 se incorporó a una compañía de seguros en Hartford, de la que terminó siendo vicepresidente a partir de 1934. Se casó sin convicción y tuvo una hija. Viajó escasamente, algunas veces a Florida, otras a Cuba (donde nació su intensa relación con José Rodríguez Feo), pero nunca a Europa. Publicó sus primeros poemas en 1914, en la famosa revista *Poetry* de Harriet Monroe, y en 1923, un poco antes de cumplir los 44 años, apareció su primer libro, *Harmonium*. El siguiente, *Idea of Order*, se editó doce años después. Ninguno de los dos fue un acontecimiento literario. No obstante, Wallace Stevens prosiguió con su callada actividad. Componía los poemas mientras iba a su oficina o durante sus caminatas nocturnas. Sus libros siguientes —*The Man with the Blue Guitar* (1937), *Parts of a World* (1942), *Transport to Summer* (1947), *The Auroras of Autumn* (1950) y *The Necessary Angel* (1951), un pequeño volumen de ensayos— circularon de modo discreto y fueron acumulando un lento prestigio, hasta que por fin, en 1954, cuando

salió el volumen de sus *Collected Poems*, Stevens obtuvo el reconocimiento que quizá ni siquiera buscó. Se ganó el National Book Award, y unos cuantos meses antes de su muerte, el Pulitzer. Su vida terminó antes de que fuera notoria.

Extrañamente, la cronología de Stevens no compagina con su edad literaria. Colocado en la perspectiva de la era poundiana, en esa línea milagrosa que incluye a TS. Eliot (nacido en 1888), William Carlos Williams (en 1883) y, claro, al propio Ezra Pound (en 1885), Stevens es el más viejo. Sin embargo, en el universo abigarrado de sus poemas se opera una transmutación que tiene un efecto curioso, pues Stevens se convierte en el joven discípulo que, habiendo ya leído a esos maestros, logra desviar la tradición oscilante entre el acendrado localismo que desemboca en *Pateron* y el caótico cosmopoli-

Stevens, cuyo objetivo es revelar lo que él llama el relato oficioso del ser, nunca enseñar. Y eso lo distingue de sus contemporáneos más jóvenes. Carece, como dice Hugh Kenner, de *paidéuma* y "lleva a un extremo total" la *nonsense poetry* de Edward Lear, lo cual evidentemente excluye cualquier forma de enseñanza.

Sin embargo, la conexión Lear-Stevens es poco convincente. Stevens desconfiaba de cualquier retórica que no antepusiera el titubeo como su método principal: vacilar entre una visión y una palabra, entre una pregunta y una respuesta, es la única prueba que puede otorgarse al lector de que en el fondo uno tampoco está seguro de que existen los vínculos esenciales y que quizá uno solo los inventa. En esta angustia la extravagante apuesta de Lear difícilmente podría desempeñar un papel. Es cierto que a Stevens lo seduce el giro coloquial, pero más como un contraste

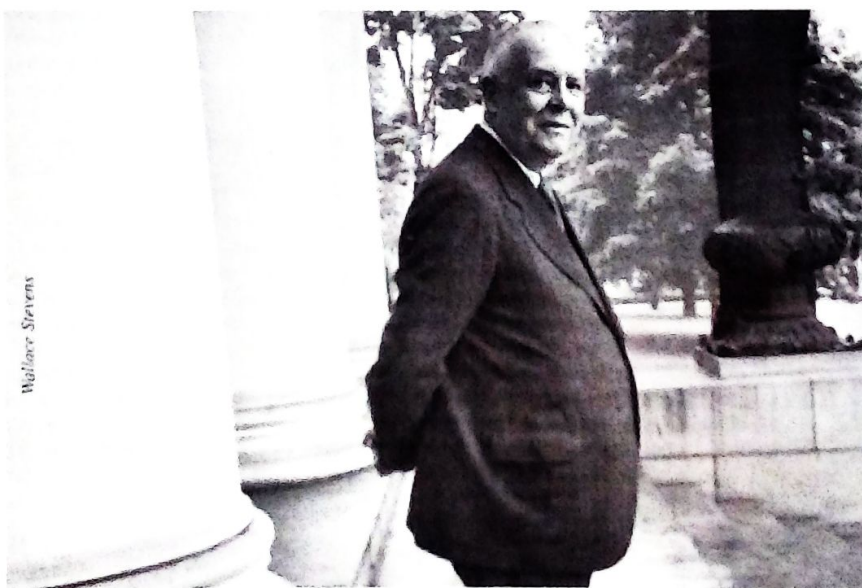
gracias a los méritos de la abstracción, pudo adquirir los rasgos de un sitio plagado de acontecimientos primigenios. Stevens pobló Hartford como si el mundo se hubiera creado ahí por primera vez. Y no lo hizo por inocencia, sino para forzar hasta sus últimas consecuencias una artimaña espiritual. Sin embargo, no perdió nunca su sentido del ridículo e incluso lo convirtió en un dispositivo formal que se pone a funcionar en sus poemas cuando hace falta.

Entre la idea de Hartford y Hartford, Stevens interpuso un artefacto de sonidos y de imágenes. Su esperanza era llegar lo más lejos posible: a las cosas mismas.

Este peculiar culto también tuvo como adepto a William Carlos Williams, aunque detrás de sus cosas se cuelean a veces un tufo ligeramente patrioter y una pequeña dosis de beligerancia. Como dice Octavio Paz, muchos poemas de Williams se escribieron para llevarle la contra a Pound. Y en ocasiones se nota la manipulación: las cosas se truecan en símbolos, conquistas de una cruzada, portadoras de mensajes. Obstruyen el poema porque representan un dogma. En cambio, las cosas de Stevens son fenómenos cautivos de la vista. Su poema "Trece maneras de ver a un mirlo" —que cierta crítica norteamericana relaciona acertadamente con Yosa Buson, poeta japonés del siglo XVIII— podría servir como un resumen de su poética. Para Stevens, las cosas no son nuestras; a lo mucho, pertenecen a las palabras que las nombran. Le ocurren al ojo que las devuelve en un manantial de metáforas; y le ocurren al tiempo. Las cosas pasan como pasan las horas. Por eso cambian cada vez que uno las mira. El ojo es su reloj. A él hay que preguntarle por la hora. Su manera de señalarla consiste simplemente en ver una cosa: "Fue de noche toda la tarde. / Estaba nevando e iba a nevar. / El mirlo se posó / en las ramas del cedro".

Visto así, el mundo es misceláneo. Stevens creó una obra que fluyera paralelamente a esa variedad. A diferencia de Eliot, Pound o Williams, no hizo poesía, sino numerosos poemas sueltos. Ahí reside su fuerza y también su debilidad. En sus libros no hay un poema definitivo, aunque sí toda la parafernalia para que surja. Cada poema promete llegar a un punto culminante y de repente concluye sin develar el secreto. Uno empieza el que sigue y continúa así hasta la última página. Es entonces cuando uno se da cuenta de que la verdad sí estuvo en la lectura, pero no permaneció.

\* Tedi López Mills.  
México City, 1957.  
Estudió filosofía.  
Es poeta y escritora



Wallace Stevens

tismo que culmina en los *Cantos*. Y la desvia hacia una zona libre de grandes rupturas y de riñas geográficas, donde los lugares y las cosas conviven en medio del estupor filosófico y donde las circunstancias se engendran en la única utopía codiciable.

Stevens cree con fervor en la realidad y en la imaginación como el principio activo que la pone de manifiesto. El poeta, según él, debe contraponerle al mundo el equivalente exacto del mundo, apenas interferido por la analogía y por la semejanza, y darle a la vida las "supremas ficciones" sin las cuales ningún acto vital sería concebible. La verdad poética es fáctica; concuerda siempre con la realidad y posee una verosimilitud tal que parece, una suerte de emanación física. No hay ruptura entre lo diáfano y lo misterioso: lo que se ve es también lo que no se ve, y la experiencia de percibir la intemperie, el "afuera", como un intercambio persistente de regiones luminosas y regiones oscuras, es la más primitiva de todas y la única que no se modifica. El poeta habla desde ahí. Al menos

frente a la misión sagrada del poeta que como arma estética. Se permite cierta comicidad porque está consciente de la profunda seriedad de su tarea y de que su vocación solo debe trazarse en términos absolutos. El poema, para él, surge de una vida cuya labor cotidiana consiste en generar el poema. Eso significa vivir poéticamente; es decir, en un vacío hecho de pura realidad donde la imaginación "como la luz" escribe Stevens, "es lo único que se añade".

El vacío sugiere también una caja de resonancias, donde el ruido no es referencial salvo en la maquinaria que fabrica el poema. La veta excéntrica, casi bufonesca, que innegablemente posee Stevens —más cercana a Jules Laforgue que a Lear— puede definirse como una especie de fe filosófica en las onomatopeyas y los juegos de palabras. Stevens los usa como asideros y como música de fondo. Son la atmósfera que rodea a sucesos más graves y son, asimismo, un recordatorio de datos locales, de mitos casi chuscos. Stevens nunca hace a un lado el lugar. El suyo durante años se llamó Hartford, que



# Todos los cominos conducen aroma

\* Ramón Rocha

## La carne nuestra de cada día

El consumo de carne en todo momento fue privilegio de pocos. A fines del Paleolítico, los hombres eran omnívoros: devoraban todo lo que se movía, pero comenzaron a cazar grandes animales obedeciendo quizás a una oscura necesidad de carne, de sangre, de nitrógeno o, en términos de hoy, de proteínas animales. Después de esta revolución alimenticia que inauguró la cultura del gran carnivorismo, vino una segunda entre el 7000 y el 6000 a.C., con la aparición de la agricultura neolítica y de los cereales cultivados. De pronto los campos sembrados ganaron terreno a los cotos de caza y de ganadería. La razón es la misma que la de cualquier otra época: el aumento de la población que obliga a desplazarse del consumo de carne al de alimentos vegetales crudos o cocidos, cotidianos, de escaso sabor, fermentados o ácidos, en forma de gachas, sopas o panes. Entonces es más visible la diferencia entre dos grupos humanos: unos, minoritarios, que consumen carne, y otros inmensamente mayoritarios, que solo comen pan, gachas, raíces y tubérculos cocidos. En la China del 2000 a.C., a los administradores de las grandes provincias se los llama "comedores de carne". En la Grecia antigua se desconfía de los pueblos que solo comen gachas de cebada, porque no tienen valor para ir a la guerra; y a fines del siglo XVIII un inglés afirma que el valor es atributo de quienes consumen carne y no de los que viven de alimentos livianos y vegetales.

La primera gran diferencia entre Europa y el resto del mundo radica en el consumo de carne. Como dicen los expertos "el vientre de Europa ha contado con carnicerías desde hace más de mil años"; y es muy familiar para nosotros la extraordinaria abundancia de carnes en las mesas de la Edad Media, con las cuales los comensales se atragantaban a tal punto que la imagen de Pantagruel, el gigante carnívoro creado por Rabelais, parece apenas una crónica realista de periódico. Esto ocurrió porque solo las costas del Mediterráneo concentraban grandes contingentes de población, mientras subiendo al norte había inmensos espacios vacíos, propicios a la vida de especies salvajes como también a la ganadería que se intensificó con la agricultura destinada a pienso de los animales de cría. Solo a partir del

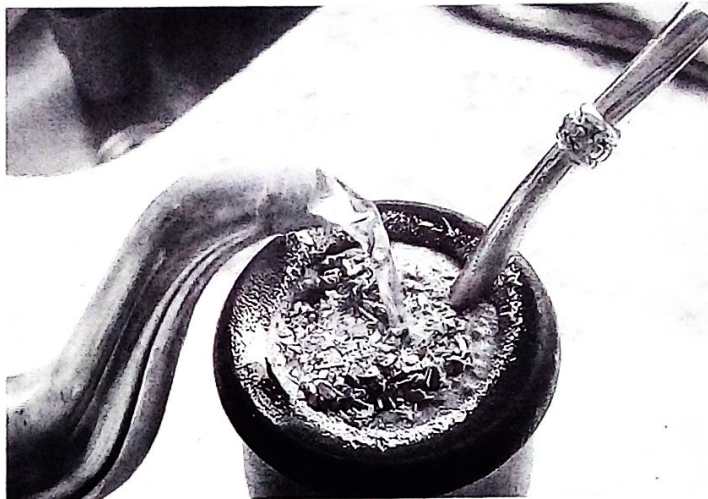
siglo XVII la población comienza a crecer en tal forma que la gente se ve obligada a consumir vegetales por lo menos hasta mediados del siglo XIX, época en que Europa abre sus puertas al ingreso masivo de carnes procedentes de América, en principio saladas y más tarde congeladas. Esta época coincide con el crecimiento de grandes fortunas en la pampa húmeda de Argentina, por ejemplo.

Los europeos colonizadores jamás se privaron del goce de la carne allí donde llegaron. En el Nuevo Mundo atacaron a las especies nativas y trasplantaron cuanto antes a las suyas; en el Extremo Oriente su sed de carne y de sangre ocasionó la repulsa de los nativos. Mientras los grandes señores de Sumatra, por ejemplo, tenían como gran privilegio conseguir una gallina cocida o asada que debía durarles todo el día, bastaban dos mil cristianos en esa isla para agotar las existencias de bueyes y aves, según la sagaz observación de un viajero inglés del siglo XVII.

Como vemos, esta división alimentaria del planeta procede de causas muy antiguas. Así lo dice un tratadista: "En la historia de los alimentos pasan miles de años sin apenas cambios". En el pasado apenas se registran las dos revoluciones que registramos líneas arriba: la de los grandes carnívoros de fines del Paleolítico y la de la aparición de la agricultura neolítica.

En las inmensas estepas rusas, los cristianos ortodoxos se alimentaban exclusivamente de grano, en forma de pan, cerveza o vodka; mientras los tártaros nómadas que vivían de la rapiña consumían ingente cantidad de carnes y de leche. Los mongoles, más tarde manchúes, son los únicos que consumen grandes trozos de carne en China, a la moda europea, mientras los chinos se las ingenian para tomar cereales de base -fan- y acompañamientos que les dan sabor -tsai- que son sabias combinaciones de verduras, salsas, condimentos y un volumen escaso de carne o de pescado invariablemente cortado en trozos pequeño. Son culturas de la pobreza que se repiten, por ejemplo, en México, donde toda carne se pica y se come en forma de tacos, dando mayor volumen alimentario al maíz en forma de tortilla, a los frijoles y a los condimentos y salsas.

## Metafísica del mate



El mate no es una bebida, corazones de otro barrio. Bueno, sí. Es un líquido y entra por la boca. Pero no es una bebida. En este país nadie toma mate porque tenga sed es más bien una costumbre, como rascarse.

El mate es exactamente lo contrario que la televisión. Te hace conversar si estás con alguien, y te hace pensar cuando estás solo. Cuando llega alguien a tu casa la primera frase es "hola" y la segunda "¿unos mates?". Esto pasa en todas las casas. En la de los ricos y en la de los pobres. Pasa entre mujeres charlatanas y chismosas, y pasa entre hombres serios o inmaduros. Pasa entre los viejos de un geritricio o entre los adolescentes mientras estudian. Es lo único en lo que nos parecemos las víctimas y los verdugos. Los buenos y los hijos de puta. Cuando tenés un hijo, le empezás a dar mate cuando lo pide. Se lo das tibiecito, con mucha azúcar, y se sienten grandes.

Sentís un orgullo enorme cuando ese enanito de tu sangre empieza a tomarlo. Que se te sale el corazón del cuerpo. Después ellos, con los años, elegirán si tomarlo amargo, dulce, muy caliente, tereré, con cáscara de naranja, con yuyos, con un chorrito de limón. Cuando conocés a alguien por primera vez, siempre decís, ...si querés venite a casa y tomamos unos mates. La gente pregunta, cuando no hay confianza: ¿dulce o amargo? El otro responde: -Como toméis vos.

Los teclados de las computadoras argentinas tienen las letras llenas de yerba. La yerba es lo único que hay siempre, en todas las casas. Siempre. Con inflación, con hambre, con milites, con democracia, con cualquiera de nuestras pestes y maldiciones eternas. Y si un día no hay yerba, un vecino tiene y te la da, de onda o le pedís y está todo bien.

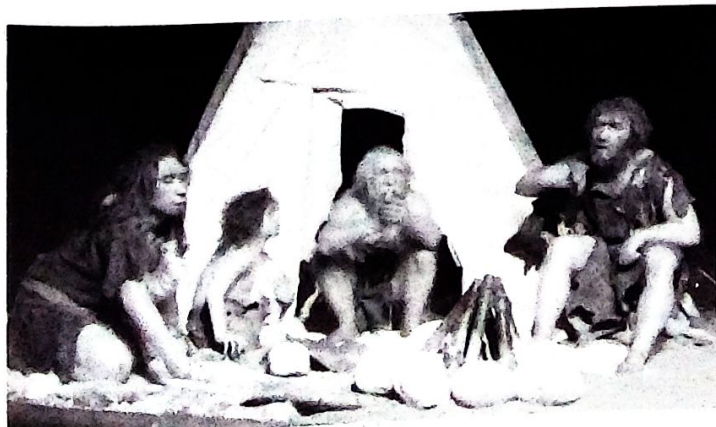
La yerba no se le niega a nadie. Este es el único país del mundo en donde la decisión de dejar de ser un chico y empezar a ser un hombre ocurre un día en particular. Nada de pantalones largos, circuncisión, universidad o vivir lejos de los padres. Acá empezamos a ser grandes el día que tenemos la necesidad de tomar por primera vez unos mates solos. No es

casualidad. No es porque sí. El día que un chico pone la pava al fuego y toma su primer mate sin que haya nadie en casa, en ese minuto, es porque ha descubierto que tiene alma. O estás muerto de miedo, o estás muerto de amor, o algo: pero no es un día cualquiera.

Ninguno de nosotros nos acordamos del día en que tomamos por primera vez un mate solos. Pero debe haber sido un día importante para cada uno. Por dentro hay revoluciones. El sencillo mate es nada más y nada menos que una demostración de valores... es la solidaridad de bancar esos mates lavados porque la charla es buena, la charla, no el mate. Es el respeto por los tiempos para hablar y escuchar, vos hablás mientras el otro toma y viceversa. Es la sinceridad para decir... "¡cambiá la yerba o arrégla un poco!" Es el compañerismo hecho momento. Es la sensibilidad al agua hirviendo. Es el cariño para preguntar, estúpidamente, ¿está caliente, no? es la modestia de quien ceba el mejor mate. Es la generosidad de dar hasta el final. Es la hospitalidad de la invitación. Es la justicia de uno por uno. Es la obligación de decir "gracias", al menos una vez al día. Es la actitud ética, franca y leal de encontrarse con mayores pretensiones más que compartir.

Ahora vos sabes, un mate no es solo un mate... ¡¡¡Andá calentando el agua, que voy para allá!!

\* Ramón Rocha Monroy  
Cochabamba, 1950.  
Escritor y periodista.





## Juan Felipe Robledo

**Juan Felipe Robledo.** Medellín, Colombia, 1968. Poeta y catedrático universitario. Ha escrito: *De mañana* (2000); *La música de las horas* (2002); *Luz en lo alto* (2007) y *Dibujando un mapa de la noche* (2009), entre otros. Publicó antologías de la obra de poetas españoles del Siglo de Oro, el Romancero español y Rubén Darío. Fue condecorado con el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (1999) y el Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura de Colombia (2003). Los poemas que aparecen a continuación están incluidos en *Poesía de América Latina para el Mundo*, compilado por Roberto Arizmendi.



### Pasto recién cortado

*Y el día se hunde en el fulgor del día,  
el infinito  
desea abrazar este instante,  
las primeras lluvias  
han bendecido  
el verde airoso de este prado  
y la mañana ha reinado  
—altiva doncella—  
para no ser olvidada.*

*El quieto dormir  
de las cuatro de la tarde  
es una tela basta  
que debemos recorrer  
con dedos torpes,  
pero el lejano son  
que acompañó  
a los cosacos y filibusteros,  
coraceros y cuestores  
no nos dejará perder el rumbo.*

*A pesar de los pesares,  
un gusanito tierno  
que pasea por los dedos  
nos ha escogido  
entre todas las almas del mundo,  
y celebra  
sin dudar el alto vuelo del sol.*

### Nubes

*Formaron cabezas de caballos,  
fueron ijares y escudos,  
una piedra que nos mira  
desde el fondo de un pozo.*

*Siguieron un camino  
trazado mucho antes,  
en una época  
en la que todo  
se decidía en un billar.*

*La iglesia gris que vio pasar  
estudiantes confusos sigue vacía,  
nunca sonó la campana en ella.*

*El atento salmodiar  
de los vendedores de pizza  
no ha molestado  
el lejano rumbo de las nubes.*

*Pero nuestro corazón no cede.*

*El curso de la eternidad  
se dirimió en esta oscura barraca,  
y así como arriba,  
abajo el día  
es de los navegantes  
que el cielo respetan,  
y, de vez en cuando,  
miran otra cosa,  
una lejana.*

### Acción de gracias

*A mamá*

*Las mujeres nos salvan  
de tedio inmenso  
y plateado mundo,  
llenándonos de fortaleza  
y, en las estancias de la infancia,  
oscuras y vibrantes y plenas,  
donde hay lámparas  
por mantas cubiertas,  
hacen que detengamos el paso*

*y nuestro pensamiento vuela  
o, mejor, se detiene y fractura  
para empezar a vivir en el plexo,  
la piel y las uñas.  
Nos fijamos en las uñas,  
¡aleluya!  
y contemplamos el azul sin pausa,  
el océano es nuestro alimento  
—cuna del tiempo—.  
Presentimos distantes lugares  
donde la historia es la misma  
y no hay moraleja.  
En cafés y calles y plazas y teatros  
descubrimos el sonido de la risa y,  
dichosos,  
nada aguardamos  
y somos plácidos  
y la fuerza nos habita.*

### Lunes

*Hombres que se miran  
con desconfianza en la calle,  
buscando afanosamente  
en periódicos la dirección  
de la casa de citas más próxima,  
para tropezar, acezantes,  
al llegar  
a ella con minutos de diferencia.  
Un barrio en el cual podría  
vivir cualquier pensionado  
que se deleita  
con recuerdos de Gardel.  
El ardoroso sonido  
de una película pornográfica*

*en un aparato de televisión  
que parece una tostadora.  
La lectura del horóscopo  
con una muchacha que pide  
no ser besada en la boca.  
Alegría turbia  
que se va quedando en los dedos.  
Elementos de la conflagración,  
del olvidado acento en medio.  
Pues nada que merezca  
algún homenaje  
es llave que permita  
el ingreso al calete  
del burilador de infinitos.*



# El tsunami de las ediciones digitales, ¿una amenaza para el libro impreso?

*Conferencia dictada por Víctor Montoya en el VII Congreso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, realizado en Oruro, entre el 9 y 10 de mayo de 2015*

*Segunda y última parte*

## Los medios virtuales y la Literatura Infantil y Juvenil

Si Julio Verne se anticipó a su tiempo, con la invención de los submarinos y las naves espaciales, nosotros tenemos que adelantarnos, con la mente y la mirada puestas en el horizonte, para que las nuevas tecnologías no nos sorprendan con sus fabulosas invenciones.

Los medios de comunicación han evolucionado desde cuando el hombre era un primate, y se transmitían los conocimientos de manera oral y de generación a generación, hasta una época en la que los niños y jóvenes pueden compartir los conocimientos a través de un correo electrónico, teléfono móvil o Skype.

Frenar esta avalancha de la tecnología moderna, será como querer frenar las agujas de un reloj para que no marquen las horas, minutos y segundos; por suerte, para unos, y por desgracia, para otros, las publicaciones digitales de obras clásicas de la Literatura Infantil y Juvenil, que cada vez sustituyen a los medios impresos de comunicación de masas, avanzan a pasos agigantados, como Pulgarcito con las botas de siete leguas, y pasa por nuestros ojos a vuelo de pájaro.

Crece de manera galopante el número de lectores niños y jóvenes que, sentados en sus casas o un café Internet, recurren a las ediciones digitales para leer las joyas de la Literatura Infantil y Juvenil. No pagan por el papel impreso ni tienen necesidad de comprarlos en los quioscos; este ejercicio, en nuestra época, sólo sirve para estirar las piernas y hacer un poco de ejercicio, pero no para tener acceso a las obras literarias o las noticias del día, ya que éstas, en su versión digital, están a disposición de los lectores desde las primeras horas de la mañana. Basta con encender la computadora y navegar por la red para dar con las noticias, incluso antes de que éstas sean difundidas por radio y televisión.

## La escuela ante los nuevos retos de la informática

Las nuevas tecnologías llegaron para quedarse y para renovar el sistema educativo tradicional, donde el profesor y los libros de texto eran los portadores y transmisores de los conocimientos que los alumnos debían asimilar; en cambio hoy, el principal portador del conocimiento humano es el disco duro de una computadora portátil, que los niños usan con una destreza que podía dejar turulatos al mismísimo Julio Verne y Albert Einstein.

La aplicación de las nuevas tecnologías en el sistema escolar, asimismo, evitará los dolores de cabeza de los profesores que, muchas veces, tienen que adivinar los manuscritos de algunos alumnos que escriben las palabras como garra-patas. Con la comunicación digital, los alumnos escribirán en letra de imprenta, que es legible

para todos; un hecho que beneficiará a los profesores y alumnos, y hasta mejorará el nivel de rendimientos en los estudios, al menos esto demuestra un estudio que se realizó en las escuelas de Finlandia, donde los alumnos, gracias a las nuevas tecnologías y el uso de la letra de imprenta como alternativa universal, mejoraron sus calificaciones, puesto que no resulta lo mismo escribir con caligrafía cursiva que con letra de imprenta; es más, casi todo lo que se lee en la actualidad está escrito con letra de imprenta: los diarios, libros, anuncios, e-mails, SMS, etc. Y, en los países industrializados, los niños desde los primeros años de edad escolar están habituados a escribir en diferentes dispositivos electrónicos, porque en lugar de nacer con un pan bajo el brazo, nacen con una computadora portátil bajo el brazo. En países como Finlandia, las lecciones de caligrafía tradicional



dejarán paso a la enseñanza del teclado desde el primer año escolar. Es decir, en lugar de la caligrafía tradicional o el lenguaje escrito en la hoja de papel con el lápiz, los alumnos aprenden mecanografía, con el uso de los diez dedos en el teclado, ya que se considera que las nuevas tecnologías replazaron la escritura a mano por el lenguaje electrónico que se escribe en la computadora.

Como es de suponer, este encendido debate sobre la escritura pone en tela de juicio si debería o no invertirse, horas y días, en la enseñanza de la "buena caligrafía", tan típica de la enseñanza tradicional, que los profesores también califican a la hora de poner las notas, todo con el fin de que los alumnos adquieran una "letra bonita, seguida y legible", y no con una desgarrada "letra de doctor" que, como es sabido por todos, sólo entienden otros doctores pero no el paciente.

A pesar del escepticismo de los profesores más tradicionales, que se sacrificaron por enseñar a sus alumnos la buena caligrafía, la incursión de las nuevas tecnologías en el sistema educativo trajo consigo una serie de transformaciones en los métodos didácticos de enseñanza, aunque no por esto empeoró el proceso educativo. No en vano Finlandia, que cuenta con una de las estructuras educativas más avanzadas del mundo, tiene un sistema escolar competente y sus alumnos obtienen los mejores resultados en las evaluaciones de aprendizaje; en realidad, el rendimiento de los escolares finlandeses son los mejores en el marco de la Unión Europea, según las últimas encuestas de rendimiento escolar realizadas por el informe

PISA de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

Los niños de hoy, cuando sienten la necesidad de comunicarse con sus semejantes, no lo hacen a través de cartas escritas con plumilla ni tinta, como lo hacían nuestros antepasados, sino a través de los SMS-Online de sus celulares y los correos electrónicos que, de un modo general, están programados con letra de imprenta; un estilo que se hace cada vez más usual, aparte de que los mensajes escritos con puño y letra, como eran las cartas membretadas, han sido superados por los correos electrónicos, que cuentan con una capacidad de transmitir los mensajes de texto al instante y sin costos adicionales; razón por la que las empresas de correos tradicionales han quebrado en su negocio, sin otro aliento que dedicarse sólo a despachar paquetes y encomiendas, que no se pueden enviar por correo electrónico ni por teléfono móvil.



## Investigación, producción y difusión de la Literatura Infantil y Juvenil

La investigación en el campo de la Literatura Infantil y Juvenil es una asignatura pendiente en nuestro medio, a diferencia de lo que ocurre en otros países donde se cuenta con especialistas e instituciones superiores de estudio, en las que se estudia este tema a nivel de licenciatura y doctorado; un significativo avance que ha permitido que la literatura infantil pase a ser la princesa de la literatura universal después de haber sido tratada y maltratada como una Cenicienta.

Esto debe convocarnos a la reflexión para que en Bolivia, que casi siempre avanza a la saga de otros países, se establezca una cátedra de Literatura Infantil y Juvenil en las universidades y normales, con el fin de propiciar no sólo la investigación de la Literatura Infantil y Juvenil, en general, sino también para ahondar en los temas y alcances de nuestra propia literatura, en particular.

Las nuevas tecnologías tienen que ser aprovechadas en beneficio de la literatura y los escritores que, debido a las razones impuestas por la oferta y la demanda en el mercado librero, no siempre encuentran editoriales dispuestas a financiar y promocionar la obra de un autor desconocido.

Aun conociendo estas vicisitudes propias de un mercado harto competitivo y selectivo, los escritores de Literatura Infantil y Juvenil no cuentan con el respaldo decisivo de las instituciones del Estado, aunque ésta es una de sus obligaciones: la de velar por la promoción de la

literatura en los centros educativos, donde la formación estética de los alumnos es una inversión para el futuro de la nación, no sólo porque ellos garantizarán los sólidos cimientos de la vida cultural, sino también porque pondrán a salvo la identidad nacional.

Es imprescindible ponerse en la cresta de la ola digital, porque estamos viviendo una suerte de tsunami tecnológico que afecta a todo el planeta. Las nuevas tecnologías de información y comunicación han roto con las fronteras nacionales y han irrumpido en los hogares. De modo que no queda otro camino que montarnos sobre la cresta de la ola de expansión tecnológica para no quedarnos anclados en el pasado.

La difusión de la Literatura Infantil y Juvenil por medio de las ediciones digitales, a diferencia de lo que sucede con el libro impreso, ofrece más ventajas que desventajas, porque se suprimen los costos y es más accesible para los lectores interesados. Además, los niños de las sociedades modernas, a diferencia de los niños acostumbrados a la tradición oral, están más familiarizados con los medios digitales, como las redes sociales y la telefonía de última generación, a través de las cuales se comunican con sus amigos y en las cuales encuentran la información requerida por el sistema educativo.

Ya no necesita estar sentado en un lugar específico para adquirir los conocimientos y tener acceso a la información, puesto que los conocimientos están almacenados en el disco duro de una computadora portátil, que ellos pueden usar estén donde estén; sentado, echado, parado o, simplemente, mientras se transportan de un lugar a otro. En cuanto a la literatura infantil, los niños encontrarán mayor satisfacción descargando de la red el libro de su preferencia, que, a su vez, incluye otro tipo de elementos multimedia, como el sonido, ilustraciones a todo color, imágenes en movimiento y efectos de audio, que harán mucho más dinámica la lectura de un cuento o poema.

Eso sí, con o sin las nuevas tecnologías de información y comunicación, se debe seguir fomentando la forma tradicional de producción de la Literatura Infantil y Juvenil, porque el libro impreso siempre tendrá su encanto difícil de ser remplazado por las ediciones digitales. Pues no es lo mismo darle un beso a una persona amada en vivo y en directo, que darle un beso a través de una pantalla táctil o una pantalla de cristal líquido, ¿verdad?

Fin



## BARAJA DE TINTA

### Por qué no fuimos al Chaco

Carta abierta de José Antonio Arce y José Cuadros Quiroga

Lima, 11 de abril de 1934

Al señor Director de "La Noche"

El Consulado de Bolivia acaba de publicar en "La Crónica" un llamamiento a varios de los bolivianos residentes en esta capital, para que se presenten en el término de ocho días, a fin de embarcarse con destino a la guerra del Chaco. Como ahora se trata de un llamamiento con cita de nombres y como se han incluido entre ellos los nuestros, estamos en situación de afirmarnos una vez más en la misma actitud —de abierta oposición a la guerra— que tuvimos al iniciarse el conflicto, y que habíamos expresado ya, públicamente, al dictar conferencias en memorable actuación de la Universidad Mayor de la Paz, pocos días antes del 27 de julio de 1932.

No será esta la ocasión de analizar lo que significa la guerra del Chaco ni de referirse a las consecuencias que ha de traer, pero ante la tragedia boliviana cuyas inquietantes noticias son apenas reflejos pálidos del verdadero estado de cosas, es preciso decir una vez más que el peor daño que han podido hacerle a Bolivia, es armarla a una acción bélica injustificable y de la que ahora no se sabe cómo ha de salir.

Hubo en Bolivia quienes, enfocando el problema con amplitud de criterio, condenaron los aprestos bélicos y señalaron el desastre. Escritores e intelectuales y también varios políticos de los partidos militantes, denunciaron en alta voz los móviles oscuros de la guerra. Pero pudo más la obsesión de "pisar fuerte en el Chaco", y aunque día a día los acontecimientos muestran los desastrosos efectos de la locura bélica, se sigue forzando la voluntad del país y aniquilando sus últimas energías.

Hay, sin duda, una funesta obcecación en ese afán de sacrificio cruento que no puede ser ninguna prueba de amor al bienestar de los pueblos, y que parece obedecer a un estímulo insano de exterminio, que ha comprometido a la mayoría de la juventud y que está sumiendo a la población en miseria más cruda que la que antes sufría.

La guerra ¡no! Deseando fervorosamente la cesación de hostilidades y el pacífico arreglo del conflicto en condiciones estables, en diciembre pasado enviamos a don Julio Álvarez del Vayo, presidente de la Comisión Investigadora a la Liga, un amplio documento en que se proponía una fórmula de solución sobre la base de un plebiscito en Bolivia y el Paraguay, bajo patrocinio de la Sociedad de las Naciones.

No pertenecemos a ningún partido político dentro ni fuera de Bolivia, y ahora que se llama para alistarse en el ejército, nuestra actitud de ayer sigue siendo la de hoy. Actitud de hondo y verdadero pacifismo en los días de la guerra misma y de protesta enérgica contra sus inhumanos conductores.

Una intensa corriente de paz se agita en lo íntimo de la conciencia boliviana, porque los pueblos no pueden encontrar ninguna fruición en los padecimientos y en la muerte. Y esa corriente que es la más vital y valiosa de Bolivia se opone a la guerra contra el Paraguay, nación de pueblo sufrido y a la que no es posible odiar; como opondría también si se tratara de una agresión contra el Perú o contra cualquier otro país.

Para no abusar de la hospitalidad de su prestigioso diario, no podemos decir todo cuanto quisiéramos en la brevedad de esta carta que mucho le agradeceremos publicar, y que está escrita de manera accesible al elevado carácter de "La Noche".

Nos suscribimos de usted, señor Director, muy atentamente SS.SS

**José Antonio Arce**  
**José Cuadros Quiroga.**



**José Antonio Arce.** Nacido en Cochabamba (1904) fue fundador y jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria, y junto a José Cuadros Quiroga y el dirigente Waldo Álvarez, salieron de Bolivia por el lago Titicaca para no ser reclutados en las filas del ejército. En el gobierno de Villarroel, sufrió un atentado criminal que comprometería irremediablemente su salud. A su muerte, el único bien que poseía eran sus libros. Es autor de una vasta obra de teoría política.

**José Cuadros Quiroga.** Nacido también en Cochabamba, en 11904, posteriormente fue ideólogo y fundador del Movimiento Nacionalistas Revolucionario. Políticamente distanciados mantuvieron sin embargo, su amistad personal. Se suicidó en su ciudad natal.

Del libro "José Cuadros Quiroga", *Inventor de Movimiento Nacionalista Revolucionario* de Mariano Baptista Gumucio, La Paz, 2000